ÁBSIDE
La custodia del mal

Mario Flores Martínez

EXCELLENCE
by Angels Fortune [Editions]

Ábside

La custodia del mal

Mario Flores Martínez

Primera edición: octubre de 2025
© Copyright de la obra: Mario Flores
© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune
Edición a cargo de Mª Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-990771-4-8
Código ISBN digital: 979-13-990771-5-5
Depósito legal: B 14977-2025
Corrección: C&M
Diseño y maquetación: Cristina Lamata
©Grupo Editorial Angels Fortune
www.angelsfortuneditions.com
info@angelsfortune.com
Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

Prólogo

Una novela es siempre un reto en sí misma, tanto para quien la escribe, como para quien disfruta de su lectura.

El autor, superada la inicial reflexión sobre «qué escribir», documenta primero y desarrolla después, una temática, una trama, de supuesto interés para el lector y este, a su vez, superado también el momento «qué leer», de entre la amplia panoplia editorial hispánica o universal, busca en el interior del texto que se le ofrece, confirmando, o no, la calidad que al mismo se le supone.

En el caso que nos ocupa, Mario Flores nos regala una historia interesante, consistente, original y entrañable a un tiempo, tanto en la elección temática de inicio, aparentemente sencilla, pero que progresivamente nos lleva a muy distintos ambientes y situaciones, lo que dota al relato de una elasticidad interesante y permite el tránsito de cada uno de los personajes de este, acompañados de un fiel retrato individual de cada uno de ellos. En ambas faenas, pone a contribución el autor sus dos más preciadas dotes en el oficio de la escritura: una enorme capacidad de observación y análisis, derivada de su consistente inteligencia emocional, alambicada y mejorada por su condición de psicólogo. Todo ello aporta a su literatura una luz en lo formal y una profundidad en el contenido, más que interesantes.

Arrancando desde la recia estepa castellana, hasta llegar a la etérea luminosidad de Manhattan, Mario hila toda una interesante trama, apoyado en un continuo *flashback* de épocas y personajes, que lejos de confundir al

lector, lo mantienen en una más que conveniente tensión narrativa, que hace del disfrute del texto, todo un ágil placer.

El conocimiento profundo, apoyado en sus numerosos viajes a la «ciudad que nunca duerme», ha generado un íntimo cariño hacia N.Y por parte de Mario y Belén, su esposa y compañera ideal en la exploración minuciosa de la Gran Manzana. Ello permite la descripción en «tecnicolor» de rutas, rincones y personajes, en general de toda la humanidad que se mueve en este «teatro de los sueños» que es la gran urbe neoyorquina. Leyendo *ÁBSIDE* tenemos la cierta sensación de casi haber viajado allí, y los que lo hemos hecho, recordar con todo lujo de detalles cada uno de los rincones y momentos descritos. El contraste con los recios y austeros espacios de Segovia y su entorno, nos recuerdan lo ancho y diferente que resulta nuestro actual mundo, en el que en horas pasas de un entorno al otro, casi de una vida a otra…

El goteo de personajes, principales y secundarios, grandes y pequeños, reciben de Mario el más atinado de los retratos para cada cual, acorde con su situación en la trama del relato, pero siempre con puntería y cariño… Se nota que conoce la intimidad del alma humana, yendo siempre un punto más allá de la mera descripción física de cada uno de ellos. En *ÁBSIDE* sus protagonistas nos hablan del amor y del odio, del fanatismo y la tolerancia, de la constancia y de la impaciencia del cielo y del infierno, en fin, de lo que en definitiva compone lo más mollar de la condición humana y por tanto determina nuestra manera de ser y actuar.

El desarrollo del relato se va situando, en diferentes épocas, a ambos lados del Atlántico, hasta desembocar en un original final, por curioso y hasta cierto punto, sorpresivo, pero que al colocarnos en fecha y hora en una

referencia que la mayoría de los lectores tenemos vivida, ilumina el desarrollo si cabe aún más, aportándole buenas dosis de realidad y certeza, así como una abertura sutil a un futuro por venir.

La singular relación de las dos almas gemelas protagonistas de la novela —Germán y Susan— representa, por su parte, un enorme guiño al amor y a la esperanza, de un empedernido romántico como Mario. Así, cuando todo esté perdido, solo nos puede rescatar un beso de nuestro amado/a. Eso vale por toda una vida.

Que disfruten.

Rafael Ramírez Ponferrada
Médico Otorrinolaringólogo

I

Nueva York. Diciembre de 2023

Aún no habían dado las doce del mediodía cuando Germán emergía de la boca de metro de Penn Station, situada en la calle 34. Al hacerlo, tuvo que acomodar sus ojos a la claridad del día tras haber transitado relajadamente por la penumbra del metro de Nueva York, sentado en uno de aquellos nuevos vagones en el que se había desplazado hasta el Midtown desde la elegante zona del Upper East Side.

Cuando alcanzó la calle, tras colocarse unas gafas de sol negras, se detuvo un momento para intentar reconocer aquel cautivador escenario que, de manera sublime, construían las calles y los rascacielos de la gran ciudad con una pasmosa facilidad.

La bulliciosa calle 34, en particular, siempre había sido una de sus favoritas porque en ella se podía observar en primera fila el transcurrir de las historias de cuanta gente transitaba de un lado para otro al ritmo que marcaba la Gran Manzana. Y aunque eso ocurría en casi cada calle de la ciudad, aquella ofrecía un especial carácter exhibicionista que la hacía única.

No lejos de allí se situaba el decorado contra el que había quedado silueteada una parte de su vida hasta que, más de veinte años atrás, decidió huir de la inasumible realidad y viajar a España para quedarse. En ese momento, se preguntó si había hecho bien en abandonar su ciudad natal cuando corría el año 2002 porque, de algún modo, sentía que la había traicionado, fruto de su cobardía y de su falta de arrojo para enfrentar los luctuosos momentos en que se vio sumido entonces.

Tomó conciencia de que, a sus cincuenta y siete años, aquellas meditaciones lo abordaban como si el tiempo, juez implacable, le estuviera ahora pidiendo cuentas sobre lo aceptable o no de las decisiones adoptadas en el pasado.

Pero aquellas sombrías reflexiones se desvanecieron rápidamente al ritmo que empezaron a marcar sus pasos cuando decidió poner rumbo hacia la Séptima Avenida. Ese era el destino que se había trazado aquella mañana para recordar a sus predecesores visitando, por enésima vez, el entrañable Hotel Pennsylvania y su famoso Café Rouge. Hacía muchos años que no había vuelto a pisar aquellos lugares pero, ahora que estaba de regreso a Nueva York, creyó que lo más correcto sería rendir tributo a su pasado recordando, una vez más, a su padre, Álvaro Castresana —quien lo solía llevar allí de pequeño— y a su abuelo, Fabián Castresana, a quien no llegó a conocer pero del que supo por su progenitor cómo vivió con pasión aquellos lejanos años cincuenta del siglo XX en que pudo disfrutar de los espléndidos salones del Café Rouge deleitándose con la música de las grandes bandas de *jazz* que allí actuaban: The Dorsey Brothers, Woody Hermann, Count Basie, Duke Ellington, The Andrew Sister y, por supuesto, The Glenn Miller Band.

En ese momento, Germán recordó aquel divertido juego que, recreando la canción *Pennsylvania 6-5000* que Glenn Miller compuso para el hotel, acostumbraba a proponerle su padre:

—¡Ring, ring…! —profería Álvaro a su hijo emulando el sonido del teléfono que se oía en la canción.

—¡*Pennsylvania-five-six-thousand*! —respondía este para luego esbozar la melodía: «tarará-tara-ta-tara…».

Ese era el código telefónico del hotel, que tantas veces había visto rotulado en los aparatos del

establecimiento y que había permanecido en el tiempo hasta convertirse en el número telefónico más antiguo de la ciudad.

Al rememorar aquello, toda una cascada de sentimientos encontrados acudió a él, agitándolo y sumiéndolo en una zozobra que, tanto le hacía emerger una profunda melancolía, como le dibujaba una tierna sonrisa al recordar cuán cerca había estado siempre de él su padre. La ausencia de Louise —la madre que le trajo al mundo para morir en el parto— y de hermanos con quienes compartir sus cuitas, hizo que Germán buscase en su progenitor el refugio seguro que este, con creces, le ofreció, envuelto en todo el amor que fue capaz de darle.

Aquellos vínculos permanecieron intactos hasta el funesto día cuyo recuerdo aún le golpeaba el alma con una fuerza inusitada, provocándole un gran sufrimiento. La dramática historia familiar de los Castresana resurgía con fuerza cada cierto tiempo; era algo con lo que aún no había aprendido a lidiar.

Vislumbrando a lo lejos la imponente silueta del Empire State —aquel colosal y elegante edificio al que tantas veces había subido para contemplar Nueva York con los ojos siempre asombrados, y al que en ese momento saludó con una mirada cómplice, como quien se reencuentra con un viejo amigo—, se fue acercando a la confluencia de la calle 34 con la Séptima Avenida. Notaba que algo había cambiado en el entramado de aquella zona, sin saber que los nuevos proyectos de la ciudad incluían importantes reordenaciones que transformarían el paisaje urbano de aquella parte de la Gran Manzana, entre ellos, la remodelación de Penn Station, estación que en aquel momento le costaba reconocer.

Algo asombrado, pero sin prestar demasiada atención a aquella circunstancia, giró a su derecha, ansioso

por alcanzar rápidamente la silueta del majestuoso edificio del Hotel Pennsylvania, donde esperaba reencontrarse con tiempos pretéritos y poner algo de orden en aquel caos.

Pero tras unos instantes de inquieta búsqueda, empezó a sentirse desconcertado al no poder encontrarlo. Algo no estaba bien. Algo fallaba. Giró la cabeza en dirección opuesta, buscando confirmar en las placas de dirección de las calles que no se había equivocado. Pero… ¿cómo se iba a equivocar? Él podía llegar hasta el hotel con los ojos vendados si alguien se lo hubiera pedido.

Sin embargo, el magnífico establecimiento, ese cuyos amplios salones había recorrido de niño y que tan ligado estaba a la historia familiar, ya no estaba allí.

Acercándose al solar que ahora se mostraba cruel ante sus ojos, pudo comprobar que el edificio había sido humillado, reducido a la nada.

Aún incrédulo, sacó del bolsillo de su chaqueta su *smartphone* y buscó en Google una respuesta a aquel exceso.

Cuando, por fin, comprendió, tras leer la información que el frío aparato le escupía, quedó inmóvil en aquella acera por la que deambulaban cientos de personas, quienes se tenían que afanar en esquivar la triste figura que en ese momento ofrecía Germán.

El Hotel Pennsylvania (y el entrañable Café Rouge), que vino a la vida en 1919 y que durante mucho tiempo fue el hotel más grande del mundo, había sido demolido un año atrás para ser reemplazado en un futuro inmediato por el 15 Penn Plaza, una torre de sesenta y ocho pisos que vendría a mancillar, con su arrogancia, el rancio abolengo y el prestigio del vetusto y querido edificio.

Con su demolición, en ese preciso lugar que ahora lucía frío y desangelado —únicamente atravesado por una urdimbre de vigas negras, negras como el alma de quienes

hubieran permitido aquello—, habían quedados sepultados Glenn Miller y las grandes orquestas, enterradas las fabulosas veladas de las noches neoyorquinas y olvidadas las historias familiares y los recuerdos de una época que, en cualquier caso, resultaban difícil relegar.

Germán sintió aquello como una puñalada en el corazón, infligida por el frío acero de la modernidad, que arrasaba con todo sin considerar siquiera la irrenunciable herencia de un tiempo mejor. Al dolor moral que sentía se le sumó una sensación de extrañamiento, provocada por la dificultad para reconocer aquel entorno que había quedado huérfano de manera tan cruel.

Pensó que, en estos últimos tiempos, la extrañeza empezaba a acosarlo, como una incómoda acompañante de la que resultaba difícil deshacerse. Porque, si el escenario que tenía ante sus ojos resultaba desconcertante, no menos extraña resultaba la razón por la que, después de tantos años, se encontraba de nuevo en Nueva York: la llamada que había recibido un par de semanas atrás del director del Museo Metropolitano de Arte, citándolo en su oficina sin darle mayores explicaciones, no podía sino resultarle de lo más inesperada.

Y allí se encontraba él, frente a un lugar inexistente y presto a cumplimentar una enigmática cita que le tenía completamente descolocado.

Su regreso a Nueva York, después de tantos años, estaba envuelto en un halo de misterio que constituía todo un enigma que se disponía a resolver. O al menos, lo intentaría…

Acerca del autor

MARIO FLORES MARTÍNEZ (Lucena, Córdoba, 1969) es psicólogo, columnista del diario *ABC* en su edición de Córdoba durante varios años y escritor de algunos libros de ensayo, entre el que destaca el titulado *Los Sumideros del Hombre*. *Libro de viaje*. *Auschwitz, los guetos y otras reflexiones* —Ed. Siníndice, Logroño, 2017—, y dos novelas que han cosechado gran éxito de crítica y público: *La Playa de Varsovia* —Ed. Almuzara, Córdoba, 2021— con prólogo de José Calvo Poyato y *Los espías del Hernal* —Ediciones

Atlantis, Madrid 2023— con prólogo de José Cabrera, psiquiatra-forense.

Entre sus mentores se encuentran los periodistas Antonio Burgos y Francisco Robles, quienes propiciaron su inicio en el mundo de la publicación periodística y literaria.

Con su última novela, *ÁBSIDE. La custodia del mal* — Grupo Editorial Angels Fortune, Barcelona, 2025—, el autor nos adentra en una sugerente trama que acabará por atrapar al lector hasta llevarlo a un final que ata todos los cabos que durante la novela parecen quedar sueltos. Dicha intriga se verá resuelta en torno a un acontecimiento histórico que dejó sobrecogido al mundo.